

Así como el emperador Nicolás en los últimos meses de su vida, Napoleón III tenía una idea fija: la Crimea. Sus decepciones habían sido menos crueles que las del tsar; pero no dejaron de ser grandes. Las cartas del mariscal de Saint-Arnaud revelan las ilusiones que se habían forjado, y que en el pensamiento del vencedor de Alma la toma de Sebastopol sería cuestión de pocos días. Todo el mundo, y Napoleón III como los demás, se había engañado sobre el carácter y la dureza de la guerra de Crimea; nadie hubiera podido creer que el sitio de Sebastopol duraría todo un año, y que los aliados no conseguirían nunca apoderarse de la ciudad entera. En Francia, la opinión pública, extraviada desde el principio, estaba como nerviosa é impaciente, y no se comprendían las dificultades colosales que semejante empresa presentaba. Criticábase á los generales con la ligereza de que nos da ejemplo demasiado á menudo el carácter francés; y los guerreros de bata, como los llamaba el general Bosquet, hacían, con su diario en la mano, planes de sitios y de batallas tan quiméricos unos como otros.

El emperador tomaba el más vivo interés en las operaciones militares, y fijaba en ellas la atención más ansiosa. Discípulo del general Dufour, cuya estatua decora la plaza principal de Ginebra, había seguido en Suiza los cursos de la escuela militar de Thoune y tenía conocimientos especiales en artillería y en el arma de ingenieros. Admirado de las contradicciones que existían en el modo de apreciar de sus generales, y molestado por no poder juzgar de las cosas sino desde lejos, concibió el proyecto de verlas por sí mismo y de utilizar en Crimea sus estudios sobre el arte de poner sitios. La idea de llevar uniforme de general francés sin haber combatido nunca bajo las banderas de Francia, repugnaba á su carácter caballeresco; no olvidaba que los príncipes de Orleans se habían distinguido en Amberes y en la Argelia, y no quería mostrarse menos intrépido que ellos. Animoso, amante de las aventuras y acostumbrado á causar admiración, así al pueblo francés como á los demás, soñó en presentarse en la antigua Quersoneso como un *Deus ex machina* y cortar con su espada imperial el nudo gordiano que sus generales no podían deshacer. Habiendo marchado el mariscal de Saint-Arnaud con su esposa á Oriente, él también quiso ir con la emperatriz, la cual se quedaría en Constantinopla mientras que él combatiera

en Crimea, visitando las trincheras de Sebastopol, como el duque de Orleans y el duque de Nemours visitaron las de Amberes. La idea de confiar la regencia al hermano de Napoleón I no le desagradaba, y estaba persuadido de que el antiguo rey de Westfalia cumpliría bien su misión. Resolvió, pues, embarcarse para Crimea con la emperatriz, y al parecer estaba decidido á no tomar en consideración las objeciones de sus ministros.

M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, escribía en 20 de febrero de 1855 á M. Benedetti, encargado de Negocios en Constantinopla. lo siguiente: «Ha circulado el rumor, y sin duda habrá llegado ya á esa ciudad, de la próxima marcha del emperador á Crimea. Ciertamente que S. M., cuyo corazón magnánimo se identifica con todo cuanto constituye nuestra vida nacional, preocupándose sin cesar de todo lo que, dentro y fuera, se refiere á los intereses y á la grandeza del país, no ha podido ver las rudas pruebas de nuestro ejército en Oriente sin concebir la idea de asociar su persona á los gloriosos trabajos y á las fatigas de sus soldados; pero esta idea no es una resolución definitiva. No necesitáis, pues, ni desmentir ni confirmar el proyecto que haya concebido el emperador, pues S. M. entiende reservarse sobre este punto completa libertad de acción.»

El 23 de febrero había ya tomado mucha consistencia el rumor de la próxima partida del soberano. En esta fecha el mariscal de Castellane escribía en su diario, siempre tan curioso: «Los asuntos seguirán su marcha diplomáticamente hasta el mes de mayo, época en la cual, si la paz no se ha hecho aún, la guerra podrá llegar á ser general. Se considera que la expedición á Crimea, donde tenemos nuestras mejores tropas, debilita nuestra posición en el continente, y la marcha del emperador produce mucha inquietud. Inglaterra insiste con todas sus fuerzas para que no vaya, y parece que lord John Russell le ha dicho: «Señor, si vais á Crimea, esto será la guerra á muerte, y será inútil que yo vaya á Viena.»

»El emperador se muestra cada vez más rehacio, pues cuando adopta una resolución nada le hace desistir de ella. Dícese que la emperatriz, que debe acompañarle, se quedará en Constantinopla.

»Se ataca al general Canrobert muy injustamente, pues aunque se encargó de una expedición á la cual era opuesto, ha tenido el talento de mantener en su ejército un excelente espíritu, sosteniendo la moral.»

De carácter esencialmente moral, y amante del deber por excelencia, el mariscal de Castellane era uno de los raros personajes que en 1855 tenían valor para decir la verdad á Napoleón III. El 24 de febrero tuvo con el soberano, en las Tullerías, una conversación que relata así en su diario:

«*Mariscal Castellane*: La marcha de V. M. ocasiona inquietud. La expedición de Crimea se ha emprendido demasiado tarde, ó antes de tiempo. Es una dicha que el general Canrobert haya mantenido el espíritu y la moral de su ejército como lo ha hecho.

»*El emperador*: En confianza os diré que espero una contestación de Prusia. No iré á Crimea si cede; he organizado tres cuerpos de ejército, el del Norte, el de París y el de Lyon, para que, en caso necesario, podáis marchar con los otros. Pienso ir á Crimea porque, según informes ciertos, se cree que podría aniquilar al ejército ruso. Con los quince mil piemonteses, los ingleses y los turcos habrá en Crimea más de ciento cincuenta mil hombres. Aniquilado el ejército ruso, me volveré á embarcar con el ejército, dejando á los turcos para guardar la Crimea.

»*Mariscal Castellane*: Señor, cuando el emperador Napoleón I estaba en Egipto no era soberano. Ya que se quería ir á Crimea, era preciso marchar antes de lo que se ha hecho, porque los rusos no estaban preparados. En Crimea, señor, también hay probabilidades de sufrir una derrota, y juzgue V. M. lo que resultaría si la derrota la sufriese el soberano.»

Los hombres perspicaces como el mariscal sabían muy bien que una nueva dinastía necesita triunfos, y que el Imperio, al parecer tan fuerte y sólido, con gran dificultad resistiría una catástrofe tal como un descalabro personal del monarca ante Sebastopol. Los antiguos partidos se inclinaban ante el Imperio victorioso; pero se hubieran levantado contra el Imperio vencido. Después de los desastres de 1870, Napoleón III decía melancólicamente en Wilelmshoe: «En Francia no se debe ser desgraciado.» Nada es tan triste ni tan verdadero como esta frase.

El coronel de Beville, primer prefecto de palacio, marchaba el 24 de febrero á Constantinopla á fin de preparar los alojamientos del emperador y de la emperatriz; y al mismo tiempo la intendencia militar disponía la entrada en campaña de los oficiales de la guardia imperial.

El 27 el mariscal de Castellane tuvo con el emperador en las Tullerías otra conversación, de la cual da cuenta en estos términos:

«Después de comer, el emperador pasó conmigo al salón contiguo para hablar.

»*Mariscal Castellane*: Señor, vuestro viaje á Crimea produce gran inquietud, y creo que la marcha de V. M. será enojosa, así para el exterior como para el interior. Era preciso ir á Crimea al llegar á Oriente, y no á la entrada del invierno, ó bien esperar la primavera. Después se debía marchar al día siguiente de la batalla de Alma.

»*El emperador*: Saint-Arnaud lo quería; pero Raglan se opuso. Siempre es una dificultad obrar con aliados, y por esta razón también creo mi presencia oportuna en Crimea..... Debo vencer á los rusos aunque no sea más que por el número de batallones. Vos mismo decís que la Crimea es un callejón sin salida, y es preciso salir del paso honrosamente.

»*Mariscal Castellane*: Pero, señor, siempre se puede sufrir una derrota. Esa marcha de V. M. inquieta con razón. Lo que el rumor tiene de bueno es que prueba cuán necesario se considera al emperador.

»*El emperador*: Cuando yo haya marchado, no se pensará más que en mi regreso.»

La emperatriz, que no temía las resoluciones aventuradas y audaces, consideraba con cierto placer la perspectiva de un viaje á ese Oriente que entonces se imponía á la atención del mundo entero. No excitaba á su esposo á marchar, pero tampoco le aconsejaba quedarse; y de todas maneras estaba completamente decidida á seguirle, si no hasta Crimea, por lo menos hasta Constantinopla.

El coronel de Beville, considerado como cuartel maestre imperial, acababa de llegar á la capital turca. M. Benedetti contestaba así al telegrama de M. Drouyn de Lhuys citado antes:

«Pera, 5 de marzo de 1855. He recibido el telegrama que V. E. me ha hecho el honor de dirigirme el 20 de febrero. El rumor de la próxima llegada del soberano á Crimea ha circulado, en efecto, por Constantinopla, y con frecuencia se me han hecho preguntas sobre su origen y autenticidad. Me he abstenido de contestar antes de recibir vuestras instrucciones, y después he obrado exactamente según ellas. Sin desmentir el proyecto que el emperador hubiera ideado, me he abstenido de confirmarle; pero no debo ocultar á V. E. que todas las correspondencias, sin exceptuar las del embajador otomano (Vely Bajá), concuerdan en representar como inminente la marcha de S. M. El sultán y su gobierno consideran que la presencia del emperador en medio de su ejército es una garantía de éxito para nuestras armas, y garantía preciosa también para los intereses de Turquía. Esta noticia ha sido acogida, pues, por la Sublime Puerta y en palacio con las señales de la más viva satisfacción, y por si acaso, se adoptan apresuradamente disposiciones para semejante eventualidad.»

En un artículo publicado por la *Revue de Paris* el 15 de junio de 1896, M. Thouvenel dió curiosos detalles sobre la impresión que producía en Constantinopla el proyecto de viaje del emperador, detalles tomados de cartas dirigidas á su padre por M. Benedetti. El sultán manifestó al coronel de Beville el más vivo deseo de recibir á Napoleón III en su propio palacio y compartir con él sus habitaciones, tratándole como á hermano. Para la instalación eventual de la emperatriz, el coronel dió la preferencia al palacio de Balta-Limán, residencia de verano de la princesa Fatmé, hija del sultán, y casada con Alí-Ghalib-Bajá, hijo del gran visir Rechid-Bajá. Abdul-Medjid dió él mismo órdenes para la construcción de cuadras destinadas para los caballos de los cien guardias; mandó preparar dos kioscos inmediatos para la escolta de SS. MM., y señaló su granja de Ayaz-Bajá para alojar al batallón de la guardia afecto al servicio interior del palacio.

El sultán anunció al coronel de Beville su intención de salir él mismo al encuentro del emperador y de la emperatriz en el mar de Mármara, donde pasaría á bordo del buque imperial francés para conducirle él mismo al palacio de Balta-Limán. Añadió que se recibiría á SS. MM., á su llegada, con salvas de artillería, acompañadas de fuego de fusilería del ejército turco alineado en las ori-

llas del Bósforo, y que por la noche el esplendor de una iluminación general reemplazaría á la luz del sol. En la alcoba destinada á la emperatriz se pusieron colgaduras adornadas de infinidad de perlas finas, y se sacaron del Tesoro los diamantes más grandes, reuniéndose las más ricas muestras del arte turco desde la época del sultán Amurates. M. Benedetti escribió á M. Thouvenel: «Tendremos una verdadera página de *Las Mil y una Noches*.» ¡Cosa sin precedente hasta entonces, el Príncipe de los creyentes había resuelto dar el brazo á una mujer, á la emperatriz, para conducirla á su palacio y al banquete de gala que pensaba ofrecer á SS. MM.! Pero los encantos soñados por Abdul-Medjid no debían realizarse, por lo menos en 1855. Muy pronto no se trató ya del proyecto de marcha de los soberanos á Oriente. Las exhortaciones de los ministros, los consejos de la reina Victoria y del gobierno inglés durante su permanencia en Inglaterra, y por último, el atentado de que estuvo á punto de ser víctima después de su regreso á París, debían hacerle desistir de su propósito.

## XXXIII

## WINDSOR

Ya hemos dicho que en Boulogne, el 7 de septiembre de 1854, el príncipe Alberto había expresado á Napoleón III el deseo de la reina Victoria de recibir al emperador en Inglaterra y trabar conocimiento con la emperatriz Eugenia: este proyecto se realizó en abril de 1855.

El 15, á las once y media de la mañana, el Cuerpo legislativo, con su presidente el conde de Morny, fué al palacio de las Tullerías para presentar á la sanción del soberano las leyes recientemente votadas. «He querido, dijo Napoleón III, daros gracias antes de marchar. Me parece que seré vuestro intérprete asegurando al gobierno de S. M. la reina de la Gran Bretaña que apreciáis como yo todas las ventajas de la alianza con Inglaterra. Todos queremos la paz, pero mediante condiciones honrosas y tan sólo en este caso. Si debemos continuar la guerra, contaré con vuestro leal apoyo.»

El mismo día, á la una y media, el emperador y la emperatriz marcharon á Calais. Su acompañamiento se componía del mariscal Vaillant, gran mariscal de palacio y ministro de la Guerra; del duque de Bassano, gran chambelán; del coronel Fleury, primer caballerizo; de la princesa Essling, primera dama del cuarto de la emperatriz; del conde Carlos Tascher de la Pagerie, primer chambelán, y de la condesa de Montebello y de la baronesa de Malaret, damas de palacio.

SS. MM. llegaron á Calais por la noche á eso de las nueve.

Lunes, 16 de abril. El emperador y la emperatriz se embarcan por la mañana en Calais y desembarcan á las once y media en Dover, donde encuentran al príncipe Alberto, que los acompañará hasta el palacio de Windsor. A las cinco de la tarde hacen su entrada solemne en Londres y atraviesan la ciudad hasta el embarcadero de Paddington. Más de un millón de personas se agrupan á su paso; las más llevan los colores de Francia y profieren *vivas* entusiastas. Jamás soberano extranjero obtuvo en Londres tan cordial y magnífica acogida.

Dos horas después SS. MM. llegan al palacio de Windsor, donde la reina los espera.

La ciudad de Windsor ha levantado arcos de triunfo, y las almenas del castillo están iluminadas. La música militar entona el himno de la reina Hortensia *En marcha para Siria*; las trompetas resuenan, los tambores redoblan, y Napoleón III y la emperatriz se apean del coche.